

PRESENTACIÓN

La Iglesia siempre se apoyó en la predicación («Id y predicad» son las palabras de Nuestro Señor) para la transmisión de la fe: *fides ex auditu*. El catecismo, enseñado por los sacerdotes o sus asistentes, fue uno de los instrumentos principales para esa transmisión. La Revolución, que sigue las huellas del simio de Dios, teorizó a partir de la Ilustración un ideal pedagógico basado en la razón (en una razón que no es la verdadera razón sino la sinrazón racionalista) y contra la fe. El liberalismo, continuador en los hechos de la Ilustración doctrinal, desde su fase auroral hasta nuestros días, ha heredado aquella opción.

Los catecismos políticos se hicieron frecuentes en su primera fase precisamente para, bajo capa de religión, avanzar el proyecto de «educación» e «instrucción». Repárese en un libro escrito recientemente por un historiador jesuita español que lleva por título «La masonería, escuela de formación del ciudadano» (1996). Junto con otro texto, referido expresamente a la Institución Libre de Enseñanza, que marcó esa senda en la España del último tercio del siglo XIX y el primero del XX, rubricado como «La Institución Libre de Enseñanza en la tradición del pensamiento masónico europeo». Es interesante observar que tanto en la España peninsular como en los Reinos de Ultramar los catecismos políticos aparecen a raíz de la invasión napoleónica y de los procesos de secesión, camuflados de defensa de la Monarquía, que se dieron en los territorios americanos. Utilizando el método de preguntas y respuestas propio de la antigua catequesis (hoy por lo general arrumbada insensatamente por la Iglesia) trataban de difundir los principios del liberalismo. Fueron, así, uno de los instrumentos fundamentales de la propaganda liberal. En el Ultramar hubo de sumarse un factor específico, el del estallido de la secesión enmascarado por la protesta de defender lealmente al Rey. Son

textos funcionales a ese objetivo, por más que en ocasiones algunos puedan parecer que refieren las tesis ortodoxas de la Segunda Escolástica. En estas páginas ya se ha hablado de la «máscara de Suárez» como complemento de la «máscara de Fernando VII».

En esta primera entrega, que confiamos vaya seguida de otra segunda, por lo menos, se recogen algunos casos referidos al Río de la Plata, el reino de Chile y la Nueva Granada. En los tres se evidencia la intención liberal y sólo en algunos la apariencia tradicional. El liberalismo siempre tuvo dos ramas principales, las de los moderados y progresistas, primero, y las de los conservadores y liberales a secas, después. Los trabajos de los profesores Gonzalo Segovia y Eduardo Andrades son especialmente significativos. Discúlpenos si, *en passant*, dejemos constancia de que la insistencia de nuestro generoso y sabio amigo chileno en la fractura producida por el acceso al trono de Felipe V sucediendo a Carlos II, por más que asentada en un cierto tipo de historiografía, no nos parece suficientemente fundada. El elemento de continuidad fue mayor que el de cambio y éste sólo se produjo con la revolución liberal.

Esa finalidad de los catecismos políticos en los primeros pasos de la revolución liberal se ha prolongado por doquier por medio de los manuales de historia seguidos en la instrucción estatal, pero —a veces— también privada e incluso eclesiástica. Sería muy interesante prolongar, pues, ese estudio. Ahí veríamos no sólo liberalismo y, por consiguiente, anticatolicismo, sino también el nacionalismo que ha emponzoñado las relaciones entre lo que fueron pueblos hermanos. El trabajo del profesor Flórez referido a Colombia da una pista muy útil al respecto.

LA REDACCIÓN